

*Cuadro Histórico* del senador D. Carlos María Bustamante. Mis ojos se fijaron en una página en donde leí estas palabras, que confirmaban la relación que acabábamos de escuchar: « La pérfida vigilancia de Elizondo seguía á los que había designado en holocausto á la defección. Habiendo llegado al Baján, después de haber atravesado las siete norias que se encuentran entre este punto y el Saltillo, las encontraron secas, según las órdenes del coronel. » El senador Bustamante añadía que, á excepción de Abasolo, á quien salvó el heroísmo de su esposa, todos los demás jefes de la insurrección fueron pasados por las armas. En cuanto al coronel Elizondo, recibió el castigo que merecía su traición. Odiado por sus compatriotas, despreciado por los españoles, murió cubierto de heridas que le infirió un español en un acceso de fingida locura. Ni aún le instruyeron causa al asesino. Así terminó el primer acto del gran drama, que debía llamarse después la revolución mexicana.

Al día siguiente por la mañana, después de haber apretado afectuosamente la mano de M. L\*\*\*, proseguimos, D. Ruperto y yo, nuestro camino para Tepic.

## EL SOLDADO CUREÑO

---

El camino de Guadalajara á Tepic atraviesa la Sierra Madre. En aquella cadena de montañas áridas, que sucesivamente terminan en picos agudos ó en ásperos desfiladeros, la guerra de independencia ha dejado imborrables recuerdos. Deseaba con la mayor impaciencia visitar aquella curiosa parte de México, y por su parte, el capitán D. Ruperto deseaba encontrarse en los puntos de la Sierra que le recordaban tantas escenas y tantas noches venturosas en su juventud: al desembocar en el llano de Santa Isabel, dos días después de haber salido del pueblo de Ahuacatlán, fué cuando distinguimos en el horizonte los picos azulados de la cordillera. Desde aquel momento y simultánea-

mente, apresuramos el paso, y unas cuantas horas de camino por entre las elevadas hierbas, nos condujeron á poca distancia de las montañas, á una cabaña formada de bejucos, que el capitán Ruperto me había indicado con anticipación, como un punto en donde debíamos descansar.

— ¡Hola, Cureño! gritó el capitán, deteniendo su caballo delante de la cabaña, ¡hola! ¿está usted muerto ó vivo?

— ¿Quién me llama?... preguntó una voz cascada desde el interior de la cabaña.

— El capitán Castaños, ¡con mil diablos! contestó el guerrillero; el que dió fuego al cañón que le sirvió usted de *cureña*. (1)

Una espantosa figura llegó arrastrándose hasta el umbral de la cabaña: era un viejo horriblemente contrahecho, y cuya espina dorsal parecía dislocada y torcida. El desgraciado caminaba arrastrándose. Contraídas por la vejez y por los padecimientos, sus facciones habían conservado, sin embargo, una expresión de nobleza y orgullo que me llamó la atención. En su

(1) De aquí se tomó el nombre que se dió al soldado que, en la guerra de independencia, desempeñó el papel singular de un hombre transformado en *cureña*.

frente, continuamente inclinada hacia el cielo, surcada de profundas arrugas y de venas salientes, caían en desorden sus largos y blancos cabellos. En sus desnudos brazos aparecían como enroscadas unas venas tan gruesas como los tallos de una yedra que ha envejecido, unida al tronco de una robusta encina. Al ver aquel extraño viejo, con su rostro arrugado, medio oculto con una espesa cabellera, semejante á una melena, cualquiera lo hubiera tomado por un león decrepito, lastimado en el vigor de su edad por la bala del cazador.

— Y bien, mi valiente Cureño, dijo el guerrillero, cuánto gusto he recibido al encontrar vivo á uno de los buenos y antiguos amigos que han quedado de aquellos hermosos tiempos.

— Nuestras filas van disminuyendo, es verdad, contestó el viejo; transcurrirán algunos años, y buscarán en vano á los primeros soldados de la independencia.

— ¿Y la Guanajuateña, no está aquí?... preguntó Castaños.

— Estoy solo, contestó Cureño; hace un año que duerme en el sepulcro.

Y señalaba un tamarindo que crecía á algunos pasos de la cabaña.

— ¡Dios haya tenido piedad de su alma!.. dijo el capitán; pero confiese usted que sus servicios han sido muy mal pagados.

— ¿Qué más puedo apetecer que un pedazo de tierra para vivir y enterrarme? contestó el viejo con la mayor simplicidad. ¿Acaso nos exponíamos antes á que nos rompiesen los huesos, con la esperanza de una recompensa? La posteridad recordará el nombre de Cureño, y eso basta.

La pregunta de D. Ruperto y la respuesta del anciano soldado me hicieron adivinar que tenía ante mí vista á uno de esos hombres á quienes un fatal destino parece condenar al olvido, después de haberlos sentenciado al sacrificio: ¿y qué clase de héroe desconocido era el que se hallaba en mi presencia? Lo ignoraba. Echamos pie á tierra enfrente de la cabaña, en la que penetramos por un momento. Allí escuché, casi sin comprenderla, una conversación que se refirió exclusivamente á los incidentes de la guerra contra los españoles. Desgraciadamente, no tenía yo la clave de los hechos que ambos interlocutores se recordaban mutuamente. Al cabo de media hora, poco más ó menos, y teniendo que hacer una larga jornada para llegar á la *venta*, situada al pie de la Sierra-Madre, nos dispusimos para continuar nuestro camino.

— Tiene usted un caballo muy vigoroso, me dijo el anciano, aproximándose al animal, en el momento en que colocaba yo el pie en el estribo.

Al ver aquel cuerpo deformé, que se arrastraba, por mejor decir, hacia el caballo, éste se espantó y quiso encabritarse; pero al mismo tiempo el brazo de Cureño se alargó hacia él, y el caballo permaneció inmóvil, resollando con terror.

— ¿Qué sucede? exclamé.

— Nada, contestó el viejo con su voz cascada: es que estoy conteniendo su caballo.

Me incliné, y ví en efecto con profundo asombro que una de las piernas del caballo, apretada por los dedos nerviosos de Cureño, se hallaba como unida al suelo por un lazo de hierro.

— ¿Quiere usted que lo suelte? me preguntó riéndose el atleta.

— Como usted guste, contesté á aquel Milón de Crotona, porque ya veo que mi caballo no es el más fuerte.

Apenas libre de aquella formidable tenaza, el animal dió un brinco hacia un lado con espanto, y me costó muchísimo trabajo conducirlo al frente de la cabaña.

— ¡Ay! dijo el viejo suspirando, desde el día en que dió fuego D. Ruperto, que se halla presente, á cierto cañón, voy decayendo cada día más.

— ¿Qué era usted en su juventud, señor Cureño? le pregunté.

— Castaños se lo dirá á usted, contestó el viejo soldado, del que nos despedimos, después de haberle ofrecido el capitán que á su vuelta pasaría todo un día en su cabaña.

Después de habernos separado de aquel singular anacoreta, continuamos nuestro camino en dirección de la Sierra-Madre, cuyas cumbres, rocas y agudos picos, saliendo de entre la niebla, comenzaban á mostrar sus senderos cismosos, sus lados destrozados y sus profundos abismos. No tardamos en entrar en la sombra que proyectaban aquellas gigantescas trincheras, mientras que á considerable distancia, detrás de nosotros, los últimos rayos del sol doraban las cimas de Tequila. Entonces fué cuando el capitán me mostró con el dedo, en lo alto de una plataforma de la sierra, á cuyo pie rodaban perezosamente grandes grupos de nubes, un pequeño edificio cuadrado, que parecía un aerólito, caído del cielo en aquellas alturas. Aquella especie de fortaleza aislada era la *venta* en la cual debíamos dormir.

Hicimos alto al pie de la inmensa cadena de montañas. para que tomasen resuello nuestros caballos antes de subir; y pocos momentos después, á la luz incierta del crepúsculo, proseguimos nuestra marcha. Habíamos contado con la luna para que alumbrase nuestros pasos; y la luna no tardó en aparecer, arrojando su pálida luz en el sendero que seguíamos, y que describiendo caprichosos rodeos al pie de las peladas rocas, ó á la orilla de los profundos precipicios, conducía á la venta. Dos horas de penosos esfuerzos nos fueron suficientes para llegar á la plataforma, que de lejos parecía tan estrecha, y que de cerca era un llano inmenso, dominado por una cadena de montañas, á las que se sobreponía una gigantesca gradería de colinas. En cuanto á la venta era, como todas las de México, una casa blanca, con pilares que formaban un portal, y cubierta con tejas encarnadas. Edificada en la orilla de la plataforma, dominaba el camino que acabábamos de recorrer, y además un paisaje inmenso como el que debe abrazar el águila cuando se mece entre las nubes.

Algunos arrieros nos habían precedido y se hallaban en la posada; distinguíanse las hogueras de su campamento, y sus mulas atadas consumían su ración de

cebada. En el portal de la venta dormían en el suelo una docena de indios, al lado de una carroza maciza, cuya caja se hallaba separada del juego: desmontados de esta manera, y en hombros, es como los carruajes pueden atravesar solamente la Sierra-Madre. Aquel coche y los indios, anunciaban la presencia de algunos viajeros en la venta. Supimos, en efecto, que uno de los diputados del Estado de Sinaloa al Congreso de México, acababa de detenerse con su familia, viniendo de Tepic, adonde nos dirigíamos el capitán y yo.

Mientras D. Ruperto, que se había encargado de mandar disponer la cena, desempeñaba su comisión, yo me senté en el portal de la posada, desde donde la vista podía penetrar fácilmente hasta las gargantas de la sierra. La luna, con su luz pálida, alumbraba aquellas agrestes propiedades, de cuyo seno subían lentamente los vapores de la noche. Por todas partes en los alrededores, se descubrían colinas sobrepuestas, rocas destrozadas ó hendidas, como por efecto de volcanes apagados, y más adelante se perdía la vista en inmensos llanos, en los cuales se entrelazaban hasta el infinito las ramificaciones de las sierras inferiores. La llegada del capitán que iba á anunciarme la cena, pudo solamente arrancarme de la contemplación de

aquellas grandes perspectivas. Los dos cenamos con el mayor gusto la frugal comida que nos sirvieron. D. Ruperto me propuso en seguida que fuésemos á respirar el aire libre fuera de la posada, y yo acepté su proposición con toda mi voluntad. Nos encontrábamos apenas al extremo de un sendero, cubierto de enormes plantas, cuando el capitán se detuvo repentinamente, y me mostró la tierra con la mano: á nuestros pies se encontraba, medio sepultado en el suelo por su propio peso, uno de aquellos cañones que los insurgentes habían conducido arrastrando desde las orillas del océano Pacífico hasta los límites del Estado de Jalisco. El guerrillero se sentó en el cañón, invitándome á que lo hiciese á su lado. El cielo, de un color azul obscuro, se hallaba en aquel momento sembrado de innumerables estrellas; la brisa que corría era tibia; delante de la venta y alrededor de las hogueras, los arrieros cantaban sus inocentes canciones; el sonido de las campanillas de las mulas llegaba á mis oídos, mezclado con el de las cuerdas de una guitarra: los perros de guardia respondían con quejosos ladridos á los ruidos vagos y lejanos que conducían las brisas de la noche.

Conduciéndome á aquel lugar retirado, el capitán me dijo que juzgaba conveniente aquella hora para

continuar la relación de sus aventuras militares. Yo me apresuré á contestarle que era de su misma opinión, y alentado de esta manera D. Ruperto, comenzó una larga narración, que escuché sin interrumpirlo, sentado á su lado en el enmohecido cañón, á cuyo derredor las plantas enormes de hierbabuena silvestre entrelazaban sus ramas vigorosas, derramando penetrantes perfumes.



I

## El Voladero



La ejecución de Hidalgo y de sus principales compañeros de armas, me dijo el capitán, termina lo que puede llamarse el primer período de la guerra de independencia. Desde aquel momento cambió la escena completamente: en lugar de masas indisciplinadas, llegaron á ocupar el teatro de la guerra algunas bandas bien organizadas, reducidas á límites más estrechos. Auxiliados por un corto número de soldados aguerridos, los movimientos de los nuevos jefes de la insurrección no fueron entorpecidos por poblaciones enteras. Cesaron de pillar los pueblos, de robar las cosechas; se respetaron los rebaños, dejaron que el comercio se desarrollase, y la causa de la emancipa-